

VENDER HUMO

POR ANDRÉS FUENTES

Si en términos generales en nuestra época precaria debemos generar artesanalmente las circunstancias que nos permitan desenvolvernos en cualquier ámbito social, para afirmar este trabajo minucioso y continuo necesitaremos entonces aumentar nuestras posibilidades y dotarnos de fuerza, como también asegurarnos de defender lo valioso que ya tenemos y no queremos perder.

Desde la rutina concreta de los jugadores, desde la singularidad estricta de su existencia, gracias a explotar el carácter humeante de las palabras se desplaza su ser hacia otra coyuntura; se es lo que no se era, se logra lo que no se podía. En un escenario cambiante, de piezas que se mueven en remolino, hay oportunidades y amenazas. Y para aprovechar las mejores situaciones y alejar las menos favorables, se vende Humo.

El signo como entidad humeante

Pero, ¿qué significa que la palabra sea humeante? Que se habla de algo que no existe. No hay correspondencia entre lo que se dice y lo que sucede. El Humo no existe: es algo que está presente, se observa, pero al acercarse y tocarlo, se esfuma. Es pura forma, nada de contenido.

A continuación, una clasificación sobre algunas de las funciones que financia la Venta de Humo:

Se vende Humo para farolear: darse chapa con relatos épicos sobre triunfos mitológicos. De haber sacado premios suculentos y ser el más pillito de todos, a ganar cuando se estaba cayendo en tobogán por un pozo zafando del abismo.

Se vende Humo para hacerse de tiempo: la conquista de atajos para retrasarse y no ligar por llegar tarde, como de rajar y arrancar antes de lo esperado.

Se vende Humo para evadir a la autoridad: gambetear el control de la familia, un laburo o la pareja. Bancar lo clandestino del timbeo y evitar problemas.

*Andrés Fuentes
acaba de publicar el libro
La cueva de los sueños.
Precariedad, bingos y política
(Tinta Limón, 2018).

Se Vende Humo para ganar dinero: ante bolsillos secos, de algún lado hay que hacerse de efectivo para solventar el vicio.

Esta clasificación demuestra que financiarse, darse de fuerza en lo precario para sostenerse y expandirse ante la falta de garantías sobre lo que vendrá, implica pero también desborda los recursos monetarios. Financiarse no es únicamente dotarse de capacidad de consumo. Es hacerse de tiempo, poder y prestigio.

En conclusión: los dotes del Vende Humo *hacen* al juego; al Vender Humo, ya se juega. Enfrentarse a obstáculos, imaginar posibles tramoyas, ensayar tonos de voz y morisquetas, pensar quiénes serán las víctimas de turno... Todo un mundo de sensaciones y habilidades puestas en marcha que es imposible pensar por fuera del acto de jugar.

Al Vender Humo se fusiona vida y obra. Hay un continuo entre lo que se dice y lo que se hace. Al vender humo *somos nuestra obra*. Y cuanto más ocupe un lugar central en nuestra existencia el acto de Vender Humo, más todavía nuestra vida será nuestra obra. Por eso para el jugador vicioso, Vende Humo se transforma en una máscara indispensable, y toda la ciudad se transforma en un bingo. El bingo para el vicioso es una sala dentro de ese gran casino que es ahora todo su mundo; hambriento por salvarse y/o desesperado por recuperar algo de lo gastado, cualquier lugar es profanado para robarle un rato y dirigirse a jugar. Hasta la persona más querida es chamuyada por lo que sea y por cualquier motivo. Cualquier contacto es propicio para engrupir y morder un dinerito: hasta la cosa más sagrada de la persona más amada es un potencial recurso para aniquilarse apostando.

Géneros humeantes: el caso del Tirabomba

Existe una diversidad de géneros humeantes. Formatos retóricos a los cuales apelar al momento de Vender Humo. Uno de estos géneros es el Tirabomba.

Para adentrarnos en este concepto, compartimos un extracto de una entrevista realizada a una doña que compró Humo bajo el formato Tirabomba:

Acá viene un montón de chicos del barrio. Jonathan era un alumno mío. Se había llevado Matemática y Química y el padre lo traía para que rindiera bien así no repetía.

El asunto es que el padre un día me tenía que pagar las clases, era el último día, y me viene con toda una historia. Que Jony tenía problemas en los riñones. Muy graves. Que el médico le había dado unos remedios que tenía que tomar todos los días y que eran muy caros. Que al chico le dolía mucho la panza, vomitaba. Yo de todo esto no sabía nada, me quedé helada... decía que si no hacía bien el tratamiento había muchos riesgos para Jonathan, que capaz era necesario trasplantarlo...

El tipo —Marcelo se llama— me pidió si me podía pagar en una semana lo que me debía, 400 pesos, así le podía comprar los medicamentos al chiquito. Que me pedía disculpas, que le daba mucha vergüenza lo que me pedía, pero que por favor lo entienda... ni bien tenía la plata me la traía...

Yo le dije que sí, que no había problema, que no sabía este tema del chico, que me daba mucha pena... yo estaba te digo seca...

Y después me entere de que el tipo era jugador... era todo mentira lo que me dijo. El chiquito no tenía nada. No sabés la rabia que me dio, ser tan basura, usar una cosa así... Un enfermo el padre, un caradura...

Un testimonio más que ilustrativo que demuestra cómo el Tirabomba necesita de un impacto profundo en la corteza sensible del otro. Sabe que la ciudad y el mapa de la rutina de cada uno es una diversidad de centrales nerviosas que irradian y digieren información. Se busca captar la atención y disponer de una escucha atenta de algunos de esos nodos. Se pincha para que voluntariamente alguien haga un sacrificio, se desprenda de algo de valor por –se supone– un motivo justo, una causa noble.

Frente a lazos deshilachados y un hiper individualismo ambiente, armar alguna conexión requiere que la interpelación se dispare con todo. Tirar una bomba es la última oportunidad de ser importante para otro y pichulear algo de lástima. Por eso las bombas humeantes van de enfermedades y accidentes, problemas de laburo y desgracias familiares, tanto de uno como de alguien que sea infalible para romper el blindaje de la indiferencia (ancianos, nenes chiquitos, algún bebé si es posible).

¿A quiénes les tiran bombas los apostadores? A personas cercanas, pero más que nada a gente conocida pero con la cual no hay un conocimiento íntimo. Este intermedio es fundamental: es difícil que se compre humo por más que venga con el estruendo de un cañonazo si es alguien del paso, como también, que alguien cercano se aspire un relato de alguien que sabe que se la pasa en el bingo. Un conocido con el que hay onda y cierta simpatía, y que sienta culpa de no ayudar y más todavía por un motivo que lo vale, y que no sepa nada del gusto por la timba, es la presa perfecta.

El Tirabomba sabe de dos problemas para su estrategia humeante. La primera: si la pólvora viene mojada y los estallidos no alcanzan para lastimar sensibilidades de amianto, estamos frente al abismo. Nadie se conmueve, nadie ayuda. Una financiera, prestamistas runflas o casas de empeño: lugares donde no hay compasión. Si la búsqueda era desesperada, si se arañaba una orilla y se necesitaba que alguien eche una mano salvadora, la impotencia ahora es total. La dinamita verbal explota sin afectar a nadie. En el segundo caso, el Tirabomba logra llamar la atención pero la granada explota en la mano y pinta el desborde: reproches, carajeadas, gente que te viene a buscar... Se conquista la lástima de alguien en lo inmediato pero provocando a futuro un lio peor.

La risa: blindaje anímico y metodológico

Un empleado de una sala de juegos nos da un jugoso testimonio sobre este proceder tirabomba:

Acá hay gente que llama a la casa por teléfono y dice que está complicado con el tránsito, que le robaron y está retrasado en la comisaria, o que está en medio de un accidente ayudando a los heridos. . . no sabés lo que son capaces decir. Nosotros nos reímos porque los vemos acá y es todo mentira. Igual qué triste, ¿no?

Hay un punto muy importante en esta historia que se repite en tantas otras y me gustaría hablarles sobre eso: “Nosotros nos reímos porque los vemos acá y es todo mentira. Igual qué triste, no?”

La estética bizarra es uno de los matices del Humo timbero pero también de toda nuestra vida social. Una buena cantidad de situaciones nos dan risa y son trágicas, nos resultan graciosas pero también tremendas. Sucede que lo precario está marcado por lo borroso: cruces de escenas muy contrastantes y sin contornos claros. Ambivalencias donde las fronteras se hacen difusas generando anatomías extrañas.

Una de las máscaras de este ensamble cachivachesco es lo extraordinario rutinizado. Se hace corriente que acontezca algo que no debería acontecer. Quiero decir: lo insólito se hace común; lo que no debería pasar, pasa. Se desbaratan las expectativas sobre lo ordinario y se necesita reactualizar el GPS de lo esperado, con mucha normalidad. Al mismo tiempo, predecir qué sucederá con certeza y precisión, dar cuenta de aquello que irrumpirá sorpresivamente, que no se sabe (pero que algo va a pasar. . . va a pasar seguro).

En las salas es común la búsqueda de la trampa. Los empleados saben que en cualquier momento puede pasar lo que sea: meter azúcar o mirra en las máquinas o frotar piedras energéticas por las pantallas, entre tantos métodos conocidos y otros tantos por conocer. Al igual que las estrategias para evadir el sistema de la autoexclusión. Dicho sistema permite que una persona que se reconozca por un

deseo imparable de jugar, se anote dando sus datos y su foto a un sistema para que el bingo le prohíba la entrada en la sala, por más que esa misma persona quiera. La cuestión es cuando estos mismos jugadores quieren apostar y al saber que figuran en la lista –insisto, anotadas ellas por su propia voluntad– igual se mandan. Algunas de las tácticas más típicas para evadir el sistema: usar pelucas, anteojos raros, taparse la cara con un diario. . . pero siempre aparecerá alguna tramoya nueva, alguna innovación oriunda de la picardía timbera.

Frente a esta lógica hay varios cristales de cómo apreciarla. Desde un humor banalizador, concibiendo dichas situaciones como absurdas y carentes de cualquier sentido, sin merecer mucha más atención que una risotada. Otra es la indignación, el discurso dramático y adoctrinante de atribuir los peores males y calumnias a quien protagoniza estos sucesos. Dos ópticas diferentes pero a las que un mismo patrón que en algún punto las hace equivalentes: su matriz moralizadora.

Hay otra postura que me gustaría rescatar. No banalizar ni renegar, sino atender seriamente a las fuerzas que operan en las situaciones que transitamos. Lo humorístico como una información de un estado de las cosas, de lo ambiguo como condición de época, como gramática de lo precario, requiriendo que estemos a la altura de estas vivencias con respecto a cómo las percibimos y elaboramos.

Como también, el humor como una sana protección para enfrentar lo trágico y tremendo de la época. Si muchas situaciones nos resultan ambivalentes, cómicas pero también amargas e intragables, necesitamos de un campo magnético que tamice estas emociones tan negras para bucear en lo doloroso de nuestros cuerpos, que si está presente, es necesario que lo investiguemos para conocernos mejor y ganar en potencia.

Alguien decía que el humano era un animal que había inventado la risa para soportar el sufrimiento. El mundo timbero nos recuerda lo necesario de apostar por la risa como blindaje para sondear lo más oscuro de nuestro tiempo; escudo anímico y también requisito metodológico para poder pensar y construir ideas que den cuenta de cómo y por qué vivimos.

